

nia fantástico sarao á los príncipes y reyes á la sazón huéspedes de París. La iluminación de las Tullerías fué una maravilla. Desde el suelo del jardín reservado, al piso principal del palacio, se levantaba inmensa escalera, verdaderamente monumental, tapizada de terciopelo bordado de oro é iluminada por dos hileras de vasos que formaban dos barandas de fuego. En lo alto, la luz eléctrica bañaba la oscura mole de las Tullerías con la claridad del sol. Parecía en medio de la oscuridad de la noche un palacio formado con la masa candente de algún planeta en volcánica ebullición. El jardín era un asombro. Dibujado por Le Notre, sembrado de flores, cubierto de bosques, cuyos tilos y cuyos castaños son de una prodigiosa altura y de un impenetrable espesor, ornado de estatuas de mármol y bronce; por todas partes lleno de surtidores que elevan á los cielos sus columnas de cristal, tiene el jardín, á pesar de tantas bellezas, el defecto de ser muy sombrío. Pero este defecto había desaparecido con la noche. Y las girnaldas de millares de mecheros de gas suspendidas en todas las alamedas, los vasos de colores ocultos como frutos de fuego en el verdor del follaje; los torrentes de mágica claridad que aumentaban la transparencia de las aguas y convertían en gotas de luz las gotas de los surtidores; los diversos colores que los fuegos de bengala extendían sobre aquellas sargas de estrellas; los dibujos fantásticos trazados con fuego en la oscuridad de los aires, como por la mano oculta de algún encantador ó

de alguna hada; el sonido de las músicas que hallándose ocultas parecía salir de las ramas mismas de los árboles; los acentos lejanos de invisibles coros; la presencia de tantas hermosas, en cuyas coronas de diamantes se descomponía la luz con todos los matices del iris, daban en el silencio de la noche á la fiesta todo el aspecto del sueño de un poeta oriental ébrio por alguna de esas bebidas que hacen delirar con indescriptibles fantasmagorías y no imaginados placeres. Pero ¡ah! que Europa no está muy segura sobre sus cimientos. Poco tiempo antes de la revolución de Julio de 1830, dió Luis Felipe un baile en el palacio real, en honor de su pariente el rey de Nápoles. Carlos X asistía. Salvandy pronunció las siguientes palabras que han sido históricas: «Este es un baile verdaderamente napolitano, puesto que bailamos sobre un volcan.» El día en que Mr. Thiers supo la noticia del atentado contra el Czar, dijo lo siguiente: «Europa sabrá que todavía humea el cráter del volcan.»

Pero los previsores oían otros ruidos más siniestros. Pocos días después de este baile, se despedía el rey de Prusia de los Emperadores de Francia. Gruesas lágrimas caían de los bellos ojos de la Emperatriz Eugenia. Siniestra emoción se transparentaba en el impassible rostro de Napoleón III. El rey Guillermo apretó estrechamente la mano de sus ilustres huéspedes, y les dirigió estas últimas palabras: «Será posible que sólo podamos volver á vernos en la guerra.»

CAPITULO LXIII.

DERROTAS EN EL INTERIOR DEL IMPERIO.

El Imperio francés mostrábase muy sereno, á pesar de los grandes errores de su política exterior, porque tenía la suerte propia y la suerte de Francia, en manos de una mayoría rural tan atrasada como todos los campesinos de Europa. Mas los desaciertos eran bastantes á inspirar la esperanza de que pudiera hablar alto el patriotismo en las varias elecciones, hasta forzar la mano al Imperio y arrancarle necesariamente la libertad. Mucho había de ilusorio, de halagüeño en esta esperanza. Pero lo cierto era que el sufragio universal, con todas sus imperfecciones, aseguraba al mundo que si Francia iba derechamente á perderse, perdíase por su propia culpa. En una democracia bien organizada, la palabra dicha en las reuniones y escrita en la prensa, dirige el sufragio universal, como en todo espíritu bien templado el entendimiento y la conciencia dirigen la voluntad. En Francia, la palabra escrita se hallaba sometida á tales reglamentos, y la palabra hablada á tales restricciones, que la inteligencia nacional no podía formarse ni dirigir el sufragio á sus

A.

finés, que deben ser el asegurar la libertad de los ciudadanos, y el hacer del gobierno la imagen de la nación. Por aquellos días, en Nimes, el candidato de oposición había convocado varios electores á una junta privada, tenida en el hogar, y en la cual, ni podía, ni debía intervenir la autoridad. Y sin embargo, el comisario fué; tras el comisario los soldados de policía; tras los soldados de policía los soldados de línea; y á pesar de las protestas del dueño de la casa, violaron su hogar y disolvieron la reunión á bayonetazos. A pesar de estas grandes violencias, que debían haber irritado los ánimos, el candidato imperial cantaba victoria. Y esta victoria probaba cuán lejos se hallan los campesinos en Francia de aquella claridad de inteligencia y de aquella fuerza de voluntad sin las cuales siempre se malogra el sufragio universal.

En estas circunstancias se presentó la candidatura de Grevy, que era como una reaparición de la República de 1848, de aquella República que había asesinado y deshonrado al Emperador. Conviene recordar algunas

ideas generales sobre el departamento y el diputado, para saber la significacion de las elecciones en aquellos instantes. Montañosa esta region del Jura, tienen sus habitantes esa independencia engendrada á la vista continúa de las montañas. Parece que el carácter se fortifica en esas regiones elevadas, donde el hombre está en lucha continúa con los elementos, azotado por las ventiscas y los nevascos en invierno, por los rayos y los pedriscos en verano, con el abismo siempre al lado y la inmensidad presente siempre, que dan á su espíritu la aspereza de la tierra y á su voluntad la impetuosa fuerza del torrente. Así, de antiguo hemos simbolizado la libertad en una montaña. Cercano además el departamento del Jura á esa bella Suiza, que conoce el derecho con tanta inteligencia y lo realiza con tanta pureza, debe tener y tiene deseo vivísimo de tocar esas instrucciones que producen tantos bienes morales y materiales á su vista, que purifican con sus aromáticas emanaciones el aire mismo del Jura.

En cuanto al candidato es, como he dicho, uno de los más considerables republicanos franceses. Nacido en 1813, se educó en el culto á la República vencida, lejos de las fascinaciones de la monarquía y del Imperio. Su patria, conocedora del talento y de la honradez de ese hombre, lo elevó á diputado en la última Asamblea Constituyente. Grevy tiene el talento político por excelencia, el talento de la prevision. Nada más fácil en la vida política, donde la lucha es tan continúa y las pasiones tan ciegas, que sacrificar á triunfos del momento y á venganzas de partido la suerte de una generacion, el porvenir de una idea. Prever lo porvenir, mirar por los horizontes del tiempo como vienen los sucesos cuando nadie los descubre aun, como el piloto ve la tempestad antes de que asome; los que tal hacen, verdaderamente son los grandes talentos políticos, necesitados, no tanto de una grande profundidad como de una grande lucidez. Grevy tiene el talen-

to político por excelencia, el talento de la prevision.

Redactábase la Constitucion de 1848, esa funesta Constitucion en cuyas estrechas entrañas murió la República, y con la República el espíritu de toda la generacion que entonces abríamos los ojos á la luz de la vida pública y parecíamos llamados á ser libres. Tocqueville, que habiendo nacido aristócrata, se convirtió á la democracia, al verla en América realizada con todos los esplendores propios de tan hermosa idea y de tan hermosa tierra, Tocqueville olvidó muchos lados buenos de la Constitucion americana, el respeto ciego á la absoluta libertad de imprenta y á la absoluta libertad de reunion, la descentralizacion política y administrativa, para imitar los lados malos ú oscuros, como la organizacion de la Presidencia, que es aún lejana sombra, pero sombra al cabo de la monarquía en América. Contra el artículo de Tocqueville, redactor de la Constitucion, presentó Grevy una enmienda en la cual proponia que se aboliera la Presidencia única, y se confiara el Poder ejecutivo á comision nombrada por la Asamblea. De esta suerte no dieran los franceses el espectáculo de un Presidente emanado del sufragio universal, y por consecuencia, representando él solo tanto como toda la Asamblea, dueño del ejército y de la marina, armado de todos los poderes, dispensador de todos los honores, tentado siempre á convertir su autoridad transitoria en autoridad permanente, la República en monarquía. ¡Oh! En América, donde el temperamento de las razas por dicha es republicano, donde la independencia y la República se confunden y se identifican, la jefatura de un solo hombre no tiene tantos peligros como en esta tierra de Europa, donde la monarquía ha echado profundísimas raices en nuestras amontonadas ruinas. Grevy presintió esos peligros y los expuso. La Asamblea no los presintió y fué á perderse á los pies del mismo Presidente que habia levantado para salvarse;

porque las leyes sociales se cumplen tan fatalmente como las leyes físicas, y el error engendra siempre el mal.

Otra derrota parlamentaria de Grevy, fué tambien una derrota de la República. Véase venir la conspiracion bonapartista poco antes del dos de Diciembre. Los aires se hallaban cargados con gasas de sombras, con chispas de tempestad. En aquella lucha entre el Presidente y la Asamblea, el presidente dispuso de todas las fuerzas públicas, y la Asamblea estaba completamente desarmada. La mayoría propuso que la Asamblea proveyera á su propia defensa y tuviese una fuerza para sostener sus actos y dar fuerza coercitiva á su soberania desamparada. Esta mayoría se hallaba compuesta de elementos conservadores, orleanistas, reaccionarios, que habian modificado el sufragio universal, que lo habian restringido. Sin embargo, odiando ante todo á Bonaparte, su accion cedia en bien de la República, por contraria al restablecimiento del imperio. Sostener en esta tendencia á la mayoría, era una necesidad de la izquierda radical. Y en aquellos angustiosos momentos, del voto de la izquierda dependia que la República se salvara. Michel de Bourges, el más vehemente orador radical, se opuso á la adopcion de la medida en odio á la mayoría conservadora, cegándose por los peligros que le cercaban, hasta no ver el gran peligro suspendido sobre todos. La proposicion fué desechada, la Asamblea no tuvo una fuerza bajo sus órdenes y cayó vencida, dispersa. Cuando despues de una larga lucha, despues de un debate tormentosísimo, despues de una votacion solemne y extraordinaria, en que parecia inclinarse á cada minuto la victoria á uno de los lados, Grevy salia sólo, triste, paseándose á lo largo de los muelles del Sena para distraer su melancolía; como uno de sus amigos le encontrase y le preguntara qué habia sucedido, respondióle con la voz ahogada por la emocion de aquella derrota, y repitiendo las sublimes palabras latinas de Kociusko: *Finis*

Reipublica. En efecto, á los pocos dias habia concluido la República.

Los ciudadanos del Jura, los fuertes montañeses, los dignos vecinos de Suiza, los descendientes de aquellos antiguos siervos del terruño, que Voltaire defendió y que la revolucion redimiera, fundiendo sus cadenas de veinte siglos, saben que al votar al candidato de la oposicion, votan por el triunfo de la democracia, por el recuerdo agosto de la República, por el hombre sencillo que mejor personifica las virtudes populares, por el republico previsor, cuyos proyectos, cuyas ideas tendieron siempre á conservar al pueblo su soberanía y á evitar el advenimiento del Imperio; y al votar así, al votar por todo aquello que los ha redimido, que los ha alzado á la dignidad de ciudadanos y al derecho de hombres, dan un supremo consuelo en el ignorado polvo de sus tumbas á los manes de sus predecesores, víctimas del feudalismo.

Los más esperanzados desconfiaban mucho del triunfo, porque la administracion agotó sus recursos contra el candidato republicano. El ministro del Interior sostenia que el gobierno debe tener candidatos oficiales, debe nombrar sus propios jueces. Y dos cosas distinguen á esta sociedad francesa, la pasion de la igualdad y la supersticiosa creencia en la fuerza sobrenatural del Estado. En Francia pueden llamarse empleados públicos desde los ministros del Imperio hasta los conductores de ómnibus. Todas las tardes acostumbra yo á mirar en las alturas del Trocadero el aspecto que presenta París. La inmensa ciudad parece un inmenso Océano confundiendo sus techos de pizarra con los últimos límites del horizonte. Nada sobresale en ese infinito muro de casas iguales. Aquí y allá, como pequeños puntos en el espacio, como naves diseminadas en alta mar, la cúpula de los Inválidos, las curvas del arco de la Estrella, la rotonda romana del Panteon, las agujas góticas de Nuestra Señora: El resto igualmente monótono, igualmente uniforme, igualmente